

Después de haber trazado un bosquejo imperfecto de los errores, contradicciones, absurdos, doctrinas impías é inmorales, en que un número considerable de cristianos, al parecer sinceros en su creencia, se han precipitado, tomando los delirios y extravagancias de su imaginación por luces del Cielo, y adoptando como *regla* de su fe y de su conducta una pretendida revelación inmediata y personal, rogaria y conjuraria á todos los de vuestra respetable sociedad, que podrian adherir aun á ella, para que considerasen de nuevo la máxima evidente puesta al principio de esta carta, á saber: « Que no puede ser la regla de la fe y de la conducta aquella que nos puede guiar, y efectivamente ha guiado á un gran número de personas, bien intencionadas, al error y á la impiedad: » les recordaria cuantas veces se han extraviado y engañado ellos mismos sobre cosas triviales; y presentando en seguida á su espíritu la inmensa importancia de la eternidad, es decir, de una felicidad sin fin, ó una desdicha eterna é insondable, les dirigiria aquellas palabras de San Agustín: « ¿ Sobre qué te apoyas, alma pobre, débil, y ciega por los densas nieblas de la carne: sobre qué te apoyas? »

J. M.

CARTA VII.

A JAMES BROWN.

Satisface á las dificultades.

Acabo de recibir una carta del *amigo* Raukin de Wenlock, escrita poco mas ó menos por el estilo de Jorge Fox, y otra de M. Ebeneser Tophan de Broseley. Los dos comprenden varias objeciones á mi última carta que, segun parece, habian leído en New-Cottage, y me suplican os dirija á vos la respuesta que entendiése y pudiese dar.

El *amigo* Raukin está sentencioso, pero cortés y urbano: pregunta lo primero: « Si los *Amigos*, así hoy, como en los tiempos pasados, y aun el fiel siervo de Jesucristo, Jorge Fox, no han condenado los extravíos de James Naylor, Tomás Bushel y Perrot, igualmente que las acciones pecaminosas de otros muchos, por cuya ocasión la palabra de vida era blasfemada en su tiempo por los malos: segundo, si no ha habido en la Iglesia católica romana, igualmente que en las otras Iglesias, locuras, blasfemias y delitos sin número: tercero, si el sabio Roberto Barclay en su gloriosa apología no ha probado que el *testimonio del espíritu es el único, por el cual el verdadero conocimiento de Dios ha sido, es y puede ser revelado y confirmado*; y esto no solo por el testimonio extrínseco de la Escritura, sino tambien por el de Tertuliano, San Jerónimo, Agustino, Gregorio el Grande, Bernardo, Tomás de Kempis, el Padre *pacífico* Baker¹, y otro gran número de *papistas*, que, segun Roberto Barclay, han conocido y gustado el amor de Dios, y sentido el poderío y fuerza del espíritu de Dios obrar en ellos su salvación². »

Examinaré primero los argumentos, ó sean razones del *amigo*³ Raukin. Concedo francamente que su fundador Jorge Fox vitupera algunas extravagancias de Naylor, de Perrot, y de otros sus discípulos, al mismo tiempo que se gloria de otras muchas suyas, y de las de William Simpson, etc.⁴. Pero ¿ cómo las vitupera y procura impedir que caigan en ellas? — Llamando furiosos á sus autores, y acusándolos de *exaltación*⁵. Y bien, ¿ qué especie de argumento puede ser este en boca de Jorge Fox contra un fanático, por mas exaltado que sea, cuando él

¹ Monje benedictino inglés, autor de *Sancta Sophia*, citado por Barclay.

² *Apologie*, p. 335.

³ Creemos excusado advertir que cuando se usa aqui la voz *amigo* ó *amiga*, significa un individuo de la secta de los Quákeros.

⁴ Véase el *Diario* de Fox, *passim*.

⁵ Hablando de James Naylor, dice: Le hablé porque ví que se *acoloraba, salía fuera de sí y perdía la razón*. Despreció cuanto le decia, y se quedó como *sombrio* y muy *arrebatao*, p. 220.

mismo le ha enseñado á escuchar al espíritu de Dios que está en él, antes que á la autoridad de un hombre, y á la de todos los hombres, ¿y aun á la del Evangelio? Jorge Fox no estaba mas vivamente inspirado para creerse el precursor de Cristo, que lo estaba James Naylor de ser el mismo Cristo; ni tenía una convicción mas segura de que el Señor prohibía lo que él llama culto de los sombreros fuera de la oración, que John Perrot¹ y sus compañeros de que lo estaba igualmente prohibido en la oración misma².

Por lo que respeta á los excesos y crímenes cometidos por Católicos de todas clases, igualmente que por otros hombres en todos los siglos, es bien claro que si los han cometido no fué en virtud de su regla de fe y de conducta, sino antes bien contraviniendo directamente á ella, como lo haremos ver detenidamente cuando llegemos á tratar este punto en particular, en vez de que las extravagancias de los Quákeros han sido impulsos inmediatos del pretendido espíritu que seguían como su guía. En fin, cuando los Doctores de la Iglesia Católica, en union con los Escritores sagrados, nos enseñan que no *éxtingamos el espíritu de Dios*, sino que le *sigamos y marchemos con él*, nos advierten al mismo tiempo que este espíritu divino nos conduce invariable y necesariamente á escuchar á la Iglesia, y á practicar la humildad, la obediencia y demás virtudes que incesantemente nos predica, en términos, que si fuese posible que un *Ángel del cielo viniese á anunciar otro Evangelio que el que hemos recibido*, se le debería desechar como á un espíritu de tinieblas. El mismo Lutero, cuando los Anabaptistas imagina-

1 Este Perrot, y tambien otro amigo, John Lowe, emprendieron una mision á Roma para convertir al Papa al Quakerismo; pero como su Santidad no entendia el inglés, no tuvo mejor efecto, cuando en la Iglesia de San Pedro le dirigieron algunos groseros epítetos ingleses, que la amiga Maria Fisher cuando del mismo modo fué á la Grecia á convertir al gran Turco. V. Sewel's Hist.

2 Fox entendi6 que el Señor le habia prohibido quitarse el sombrero á persona alguna, fuere quien fuere, y ordenado al mismo tiempo que *tutease* á todos, hombres y mujeres sin distincion, y que á nadie *saludase ni diese los buenos dias*, etc. Sewel's Hist. p. 18.

ron muchos de los principales dogmas de los Quákeros, les intimó que demostrasen por milagros incontestables la mision que pretendian haber recibido de Dios¹, ó que se dejasen dirigir por los Ministros que él se habia escogido.

Debo ahora responder á la carta de M. Topham², aunque en mis observaciones sobre la de M. Raukin está ya satisfecho. Lo que hallo de particular únicamente es el siguiente pasaje: « ¿Es posible, dice, resistir á la » convicción y á los hechos, quiero decir, al sentimiento » que un gran número de personas graves experimentan » en este dia del poder de Dios, de que han sido hechos » participantes de Cristo y del Espíritu Santo? ¿Se puede » resistir al testimonio de esos numerosos cristianos que » oyen su voz suave y apacible, pero al mismo tiempo » penetrante y vivifica, decirles á su corazon enterneci- » do: *Tus pecados se te han perdonado: sé puro: tu fe » te ha hecho salvo?* Si hubiese necesidad de prueba exterior para demostrar la certeza de este convencimiento » interno, yo podria apelar á la conversion y santa vida » de los que lo han experimentado. » — ¿Pero quién no vé que los hechos y convencimiento de que habla nuestro amigo no son mas que cierta fogosidad de imaginacion, y un exceso de sentimiento que pueden muy bien ser naturales, ó efectos del espíritu de mentir, á quien Dios permite algunas veces salir y llevar á los presuntuosos á su ruina por la *persuasion* (Reg., xxii. 22)? Pienso que M. Topham confesará que los sentimientos que ha experimentado en sí, ó de que ha sido testigo, no son mas vivos que los de Bokhold, Hacket ó Naylor, de que he hablado mas arriba; y sin embargo, por confesion suya, aquellos sentimientos los arrastraron á las mas horribles blasfemias, y á cometer los crímenes mas atroces. La virtud mas necesaria á los entusiastas, porque les es la mas extraña, es una humilde desconfianza de sí mismos. Cuando Oliverio Cromwell estaba á punto de

1 Sleidan.

2 Habíamos pensado en un principio insertar aquí estas cartas; pero como las respuestas dan á entender su contenido, hemos creido oportuno omitirlas por no hacer mas dilatada la obra.

morir, el Dr. Godwin, que estaba presente con otros varios ministros, profetizó que sanaría. Sin embargo, como la muerte del protector se verificase casi inmediatamente, el Puritano, lejos de reconocer su error, imputó la culpa á Dios, diciendo: « Señor, tú nos has » engañado, y nosotros hemos sido seducidos ¹. » Por lo que hace á la pureza de los santos Antinomianos, me remito á la historia de la vida y muerte de muchos de nuestros regicidas ingleses, y á las escandalosas inmoralidades de un sinnúmero de los Metodistas justificados, descritas por Fletcher en su obra intitulada: *Cheks to Antinomianismo* ².

Soy con todo respeto, etc.

J. M.

CARTA VIII.

A M. JAMES BROWN.

Segunda regla falaz ó engañosa.

Creo que habreis visto mis respuestas á MM. Raukin y Topham, y espero que, unidas á lo ya dicho en mis cartas anteriores, habrán convencido á esos señores de lo que vos habeis estado siempre, á saber: de la inconsecuencia y fanatismo con que todo individuo, en nuestros dias, puede pretender una inspiracion nueva y particu-

¹ *Vida del Arzobispo Tillotson*, por Birch, p. 13.

² Este hábil y sincero escritor, dice: « Los Puritanos y los pri- » meros Quákeros pasaron bien pronto de la actividad interior al » sendero llano y fácil de la formalidad laodiceana. La mayor parte » de los *Metodistas* los hemos seguido. Por la influencia de este po- » der mágico nos dormimos; tenemos sueños extraños, nuestra salud » es acabada; nos hemos sobrepuesto á la legalidad; hemos alcan- » zado la libertad cristiana; nada tenemos que hacer; nuestra » alianza es segura. » Vol. II, p. 233. Cita muchos ejemplos de la conducta mas criminal de que puede ser capaz la naturaleza en personas que habian llegado á lo que ellos llaman salud completa.

lar como *regla de fe*. Lo que nos resta saber es si el método establecido por nuestro Señor Jesucristo es el que prescribe la Iglesia Anglicana y demás protestantes, ó el que prescribe la Iglesia Católica. Vosotros decís que esta regla está toda entera comprendida en la *palabra de Dios escrita, ó sea la Escritura, y que cada uno es juez* por sí mismo del *sentido de ella*. Así en todas las discusiones religiosas, especialmente desde la última variación del inconstante Chillingworth ¹, no se oye otra cosa que gritos de los protestantes, así en cuerpo de secta, como de particulares, que divididos entre sí sobre todo lo demás, se reúnen para proclamar que la *Escritura, y sola la Escritura es su religion*; y así en nuestros dias se distribuyen Biblias á millares en las cuatro partes del globo, como el verdadero y único medio de reunir y reformar á los cristianos, y convertir á los infieles. Por otro lado, los Católicos sostenemos que la *palabra de Dios en general escrita ó no escrita*; en otros términos, que la *Escritura y la Tradicion juntas constituyen la regla de Fe ó método establecido por Jesucristo, para asegurarse de la verdadera religion; y que además de esta regla instituyó en su santa Iglesia un Juez vivo, para conservar la y explicarla en todas las materias de controversia*.

Espero haceros ver que esta última, y no la primera, es la verdadera regla, tan claramente como he manifestado que no lo era el *espíritu privado*, ó sea la *inspiracion particular*; y todo por medio de las dos máximas establecidas sobre este objeto á saber: *que la regla de fe establecida por Jesucristo debe ser cierta é infalible, es decir, que no puede inducir ni llevar al error al hombre racional que busque la verdad de buena fe: segundo, que esta regla debe ser universal, es decir, que debe ser proporcionada á los conocimientos y medios de la totalidad del género humano*.

Y á la verdad, si Jesucristo hubiera querido que todos

¹ Chillingworth era en un principio Protestante anglicano; se hizo despues Católico, y estudió en uno de nuestros Seminarios. Volvió luego en parte á su primera creencia y acabó por precipitarse en el Socinianismo, que sus escritos han fomentado poderosamente.